

Adriana Alfaro, *The Belief in Intuition: Individuality and Authority in Henri Bergson and Max Scheler*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2021, 264 pp.

Por Humberto Beck\*

La historia de la filosofía y del pensamiento político tiene un estatus intelectual particular: no es solamente *historia*, en el sentido del mero registro y memoria de los hechos pasados, sino que es, al mismo tiempo, una forma de *actualidad*, por lo menos en la medida en que se nos presenta como un inventario amplio y diverso de figuras, ideas y argumentos siempre potencialmente actualizables para iluminar las preocupaciones contemporáneas. Dentro de esta historia, ha habido autores cuya estrella filosófica ha brillado intensamente y luego languidecido hasta casi desaparecer, sin que estas variaciones hayan supuesto una invalidación de su pensamiento. En su libro *The Belief in Intuition: Individuality and Authority in Henri Bergson and Max Scheler*, Adriana Alfaro Altamirano se ha propuesto recuperar para la reflexión política a dos de estos autores fundamentales.

Tanto Max Scheler como Henri Bergson fueron protagonistas intelectuales de su época: figuras de primera línea no sólo en el mundo de la filosofía académica, sino también en la esfera de la discusión pública europea e incluso mundial durante las primeras décadas del siglo xx. Por razones diversas, sin embargo, a lo largo de los últimos cien años sus siluetas se han, hasta cierto punto, desdibujado en el canon de la filosofía. La recuperación que propone Alfaro Altamirano representa una activación de estas dos figuras del pensamiento moderno que promete diversificar nuestro lenguaje y nuestras categorías para la reflexión política en el presente.

No sin intensos reveses y poderosos sobresaltos, a lo largo de los últimos dos siglos una versión del liberalismo terminó convirtiéndose gradualmente en algo parecido a una teoría política predeterminada, o “por defecto”, de la conciencia social. Este proceso se intensificó sin duda tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la construcción de un orden liberal internacional, y se reforzó más todavía después de las revoluciones de 1989 y 1990 que, al disolver el bloque soviético y poner fin a los regímenes socialistas de Europa central y del este, terminaron con el comunismo como una alternativa ideológica real al liberalismo.

La discusión sobre los resultados de esta hegemonía liberal en el discurso social y político es un asunto que sigue en curso. Pero no es difícil concluir que una de sus principales consecuencias ha sido un empobrecimiento de la diversidad de las con-

---

\* **Humberto Beck** es profesor-Investigador del Centro de Estudios Internacionales del El Colegio de México. Carretera Picacho-Ajusto 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México. Tel: 56 1123 1537. Correo-e: hbeck@colmex.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3393-6262>.

Recibido el 4 de julio de 2024 y aceptado para su publicación el 9 de agosto de 2024.

cepciones de lo humano. El liberalismo no es sólo una ideología política o un entendimiento de la economía, porque detrás de los supuestos liberales sobre los derechos individuales o el funcionamiento de los mercados se hallan tanto una antropología filosófica como una filosofía moral, una ética y una epistemología. El liberalismo como teoría de la sociedad supone también una visión del sujeto y de los funcionamientos de la psique, una psicología moral sustentada en los dos pilares de la razón y la voluntad, que ha tenido enormes secuelas en las maneras de imaginarnos no sólo la libertad de los individuos, sino el sentido de la autoridad y la colectividad.

Frente a este panorama, Alfaro Altamirano demuestra que el pensamiento de Scheler y Bergson, sustentado en una creencia en los poderes de la *intuición*, representa una vigorosa alternativa para pensar más allá de los límites de la psicología moral del liberalismo y sus implicaciones políticas y sociales. La facultad de la intuición supone una habilidad diferente de la razón y de la percepción a través de los sentidos: lo que se intuye es una realidad empírica, pero no sensible como la materia. Intuir significa acceder de manera inmediata a la manera en que las cosas mismas se manifiestan en la conciencia. No es sorprendente, entonces, que el sentido del “yo” que se deriva del intuicionismo difiera de la tradición del sujeto moderno de Descartes a Kant debido a su particular manera de relacionarse con la verdad y la objetividad.

El núcleo de la propuesta intuicionista de Scheler y Bergson reside justamente en la concepción de la individualidad que implica este yo que intuye, y que se podría sintetizar como una visión de la subjetividad basada en la multiplicidad dinámica que habita el mundo interior de cada ser humano. El término filosófico que más se adecúa a las características de este yo moviente es la noción de *persona*. Por esta razón, tanto a Scheler como a Bergson se les ha identificado como integrantes de la corriente de reflexión filosófica y política conocida como personalismo. La experiencia de ser persona es siempre un flujo activo, una corriente que aparece como dividida sólo después de haber sido seccionada por el lenguaje. A esta pluralidad del mundo interior no le corresponde la fijeza del espacio, sino la naturaleza móvil del tiempo, que Bergson denominó como la *duración*.

Debido a su divergencia con el sujeto moderno, el personalismo intuicionista difiere también de la principal encarnación histórica de la subjetividad moderna en el mundo social: el liberalismo. Lo mismo Scheler que Bergson rechazan, por ejemplo, el formalismo liberal que pretende regular a los individuos desde el “afuera” de las leyes y el derecho, pues este resulta incapaz de preservar o siquiera percibir la naturaleza múltiple y dinámica de la persona. La libertad y la individualidad, proponen estos autores, se deben fundamentar en supuestos que, a diferencia del formalismo kantiano o liberal, puedan hacer justicia a la realidad elusiva de la interioridad. Este supuesto lo encuentran en el principio de la singularidad irreducible de cada persona. La individualidad del personalismo es entonces “densa” y

“profunda”, pero nunca “sólida”, porque, al estar vinculada con las realidades irreductibles del movimiento (Bergson) y de la acción (Scheler), resulta siempre inefable (p. 120).

El intuicionismo personalista conduce a concluir que “hay una manera original de relacionarse con el mundo como agentes: flexible e intuitivamente” (p. 87). Es así como Scheler defiende una visión de la “verdadera empatía” que, al no suponer la replicación del sentimiento con el que se empatiza, evita la amenaza de perderse acriticamente en “la locura colectiva y el peso de la opinión pública”. Sobre todo, expone la autora, de esta concepción personalista del yo se desprende una concepción de la libertad más capacitada para hacer frente a la alteridad y la incertidumbre. Se trata de una libertad que tiene sentido debido al carácter de la persona como “una fuerza en movimiento” (p. 57) y que se manifiesta solamente en el dinamismo de la actividad. De este modo, mientras Scheler cuestiona la noción de autonomía de Kant, porque considera que la moralidad “no puede ser puesta en términos de leyes sino sólo dictada por la voz singular de la conciencia” (p. 73), Bergson propone una concepción de la libertad que “resalta la relevancia moral de la contingencia en la acción” (p. 78).

También relevante para los términos de la discusión política es la noción de autoridad que se deriva del intuicionismo. Distinta del racionalismo legal o del carisma personal, esta noción se sustenta en el valor de la “ejemplaridad”; es decir, del tipo de demanda moral que se desprende de la percepción de una persona como ejemplo a ser emulado. La persona ejemplar interpela a otra persona: la induce a la imitación respetando su autonomía. Por esta razón, una noción ejemplar de la autoridad puede convivir con la libertad en una sociedad democrática.

En la introducción de su libro, Alfaro Altamirano se refiere al pensamiento de Scheler y Bergson como un “camino no tomado” de la filosofía después de la era de las guerras mundiales. Me parece importante resaltar que un sentido de este “camino no tomado” tiene que ver con la virtual desaparición del personalismo como corriente de la filosofía y de la teoría política después de 1945. Durante la primera mitad del siglo xx, el personalismo representaba —sobre todo en Francia, aunque en cierta medida también en el resto de Europa— el tercer gran pilar de la discusión intelectual, junto con el existencialismo y el marxismo. Pensadores personalistas como Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, además de los propios Scheler y Bergson, estuvieron en el centro de los debates de su tiempo. Pero el personalismo perdió impulso durante la posguerra, quizá como resultado de una identificación demasiado estrecha y reductora de esta postura filosófica con la ideología de los partidos demócratacristianos, así como de la polarización de los campos intelectuales resultado de la Guerra Fría.

Como demuestra Alfaro Altamirano, el personalismo, sin embargo, mantiene su potencial como interlocutor en los debates políticos contemporáneos. Para recu-

perar solo uno de los ejemplos mencionados por la autora, la insistencia personalista en la singularidad irreductible de cada individuo frente a las fuerzas impersonales del Estado y el mercado se ha vuelto especialmente relevante en nuestro presente digital, en el que la perspectiva de la reducción de las personas a meros “datos” o “algoritmos” dentro del sistema representa una nueva amenaza de mercantilización del yo.

En particular, la recuperación del personalismo intuicionista de Scheler y Bergson ofrece la posibilidad de encontrar otros sustentos teóricos para algunos de los principales hábitos mentales y actitudes morales relacionados con la convivencia democrática. Esta posibilidad se presenta bajo la forma de una puerta de salida de la disyuntiva entre, por un lado, un liberalismo individualista, acusado de carecer de mística y de sustancia, y, por otro, un colectivismo culturalista y nacionalista que prescinde de los valores liberales en nombre de la intensidad y la autenticidad comunitarias. La propuesta del intuicionismo personalista de Max Scheler y Henri Bergson muestra los límites de esta dualidad y nos revela el camino para imaginar otro tipo de fundamentos para los principios de la democracia. 